

## **A un año del sismo, es la organización comunitaria la que da cuenta de la reconstrucción.**

*“El cielo es como una jícara volteada sobre el mundo,  
y por la parte de adentro de esa jícara, pasan el sol, la luna y las estrellas.  
Abajo del mundo nada más es pura tierra;  
allí está una muchacha alta y larga, la medianoche, que se llama Jal Nüch.  
Ella carga la tierra; cuando se cansa, se acomoda y por eso tiembla.  
Cuando hay temblor no se espantan,  
sólo dicen que la muchacha se está acomodando”*

Elisa Ramírez.

El fin de los Montioc<sup>1</sup>

### **El ritual**

Las seis de la mañana. El sol tiñe de arrebol el alba, las primeras luces nos dan indicios del horizonte mientras la mañana poco a poco se despereza de su sueño. La mirada hace el recorrido sobre la sinuosa carretera poblada de contradicciones, entre verdes matorrales y lagunas de temporal, albergue de gaviotas, patos y garzas cuya inercia de vuelo reta la fuerza del viento, entre casas tradicionales de palma y de carrizo que dan sentido al paisaje, entre montones arrumbados de concreto y varillas retorcidas que lo vulneran. San Mateo del Mar no sólo es espacio propicio para la ensoñación más sublime, también da lugar para constatar la lacerante realidad que nos asedia.

Sobre el camino que lleva al mar muerto, entre los mangles y el agreste suelo se esboza, en apenas unos surcos sobre la tierra, nuestro destino, el espacio que albergará al Centro Comunitario Ikoots, ahí concurren personas de la comunidad, las y los jóvenes del Bachillerato Comunitario Ikoots y las diversas organizaciones civiles que han dado acompañamiento a la comunidad y a sus habitantes desde apenas unos días posteriores al sismo de 8.2 grados, terremoto literal y metafórico que sacudió más que la tierra, las conciencias y aun con el corazón estrujado se hizo acopio de valentía y se pusieron a trabajar las manos para ayudar a quien lo necesitara.

Este cuatro de septiembre, a casi un año de esa interminable noche del siete de septiembre, se ha convocado para acompañar los esfuerzos de organización comunitaria que han florecido desde lo colectivo: Monapaküy, cuya génesis germinó desde la experiencia del Comité por la Reconstrucción con Dignidad de San Mateo del Mar. La

---

<sup>1</sup> Ramírez, E. (2018) *El fin de los Montioc, Tradición oral de los huaves de San Mateo del Mar, Oaxaca*. Pluralia Ediciones, México, D.F.

ceremonia de colocación de la primera piedra para el Centro Comunitario Ikoots reúne parte de este esfuerzo.

El ritual da inicio. Al centro de la ofrenda, las flores y el copal, teat Amaranto, que en su lengua materna, ronca voz de caracola que disemina el viento, pide permiso a la madre tierra para albergar en su seno los cimientos, invoca y bendice a la tierra, morada de nuestras abuelas y abuelos, para alojar eleva con fervor su sagrada palabra en Ombeayiüts, la plegaria hace eco en la voz de las müm, en su devoción para bendecir ese espacio que ha de acoger los sueños y los anhelos de una comunidad, de sus mujeres y sus hombres, de las y los jóvenes, de los niños y las niñas. El aroma místico de la resina de madera impregna los sentidos mientras los rayos del sol despuntan en el horizonte. Luego, la frescura de la albahaca en el ritual de purificación de las benditas manos de las mujeres que repiten, sobre cada una de las personas, la ternura de su palabra que acompaña el gesto.

#### **A un año, la experiencia de la reconstrucción desde la esperanza compartida.**

Las palabras de müm Roselia agradecen al sagrado mar, el sagrado viento, la sagrada lluvia y la madre tierra en ese día tan importante, la vida ha brindado la oportunidad, y a partir del sismo, se organizaron para trabajar para el bien común, para apoyar a la comunidad para que Monapaküy tome sentido en la palabra que alberga vida, fuerza y esperanza. Ella, trabajadora incansable por los derechos de las y los jóvenes, expresa que este Centro Comunitario será un espacio para apoyarles, para educarles a partir de las artes y oficios, para las mujeres indígenas y para todas las personas que quieran ser parte. Agradece también el acompañamiento de las personas que han llegado desde ese día, que desde ese momento se sienten arropados con la calidez de todos. Comparte que el trabajo ha sido difícil, pero no imposible, y que en este nuevo espacio las puertas están abiertas para todas y todos. Luego, la metáfora sobre la piedra. Sobre la tierra de este espacio ahora bendecido, cada integrante de una organización coloca una piedra sobre otra, y le da forma a la argamasa que la rodea, con el corazón en júbilo y la sonrisa a flor de piel se fija la fecha ahora imborrable en su imaginario.

Después del júbilo por este acto sublime nos encaminamos al “Refugio”, Centro de Artes y Oficios, desde donde se han forjado las labores de reconstrucción, y donde pretende beneficiarse principalmente a jóvenes y personas que quieran especializarse en alguna de

las actividades que van a impartirse. Se realiza el corte de listón, acto simbólico de apertura y de inauguración. El coordinador del Centro de Derechos Humanos Tepeyac, da la bienvenida y expresa que la reconstrucción empezó no cuando se puso el primer ladrillo, sino cuando empezamos a mirarnos, los de afuera y los de adentro, como iguales, a hacer presente el formar parte de una labor en común, “no son cuatro paredes lo que nos interesa, es el entorno, que tiene que ver con la ecología, con la salud, que tiene que ver como cuidamos el medio ambiente, espacios como este, donde pensemos los niños, en los jóvenes que nos van a regalar el día de mañana la satisfacción de haber o no haber cumplido en esta coyuntura. Este espacio lo configuró Monapaküy, vida nueva, estar bien en todos los sentidos. Este espacio nació con esa idea, queremos generar este diálogo entre el conocimiento de los que vienen, pero también los saberes de la comunidad”.

Luego se le dio la palabra a los asistentes, y así, se expresó que: “Monapaküy tiene una fuerza extraordinaria de las mujeres, esfuerzo de hombres, pero sobre todo de las mujeres; ninguno de nosotros podría, ni puede, con el tamaño del desastre, se ha convertido en una oportunidad extraordinaria para hacer lo que no nos atrevemos cotidianamente, nos permitió pensar en qué otras cosas podríamos hacer para enfrentarlo, en cómo podemos trabajar con la mayor seguridad posible para nuestras familias, para los niños en las escuelas, pensar qué podemos hacer desde el Centro de Artes y Oficios, qué podemos hacer desde nuestras organizaciones para cambiar algunas de las cosas que nos den mayor seguridad. Ese es el gran reto, que lo que hagamos no se traduzca en repetir los mismos errores.”

Cobijados del sol del mediodía en la sombra de los árboles, se comparten los tradicionales tamales de camarón y de pescado, el atole de espuma ‘chaw popox’, bebida sagrada, elaborada con cacao por müm Teresa. Después del respiro se organizan equipos para ir a constatar los esfuerzos de la reconstrucción, desde la colonia San Pablo hasta Laguna Santa Cruz. Un grupo de mujeres se enfila hacia el centro de la comunidad, donde el mercado, cuyo edificio fracturado sigue cerrado y la plaza va a cumplir un año de celebrarse sobre la avenida que cruza la explanada municipal hasta la iglesia que oficia sus misas en una carpa colocada sobre el atrio, pues la construcción, considerada edificio histórico, sigue cerrada, apuntalada y en espera de que el INAH reinicie las labores de reconstrucción que suspendió desde octubre del año pasado.

La experiencia que comparte la gente que ha tomado la opción de resistirse al discurso de las constructoras, es esperanzadora. Han vuelto sus ojos a la oportunidad de reconstruir viviendas desde materiales que les procuren un espacio seguro pero también amable con el entorno que les rodea. Y así, visitamos a Müm Prudencia, que desde el sismo no ha dejado de elaborar pan junto con su esposo, que ha colocado en una de las ventanas, uno de los travesaños de la casa anterior, como recuerdo, como memoria viva de la casa que fueron antes y como promesa de la casa que los ha de resguardar. A Felicitas, mamá que comparte con su pequeña hija, la actitud de lucha, de empoderamiento que se ve reflejada en su casa, para quien es un reto verla terminada. Müm Maritza, que por casi un año ha vivido con su familia bajo una enramada construida por sus hermanos y no ha dejado de vender sus verduras y comprar sus productos a las mujeres de la comunidad. Müm Reyna, que nos abrió además de las puertas de la que será su nueva casa, su corazón, para hablar de su crecimiento de su ser como mujer, de poder tomar sus decisiones, desde cómo ha construido su casa, con una perspectiva de mujer que ha reconocido sus derechos, a quien la reconstrucción le ha dado la oportunidad de reconstruirse más allá de su vivienda. La reconstrucción también es la esperanza de rehabilitar las grietas que nos habitan. En estas expresiones podemos dar cuenta del proceso de ser mujer en la lucha y cómo las atraviesa el duelo y todo lo que han pasado. Todas comparten con el corazón esperanzado los esfuerzos que han hecho por volver a levantar el patrimonio de sus años de trabajo y que de un momento a otro se volvió escombros que por meses habitó las calles.

A un año de la experiencia del sismo, hacer un breve recuento significa apuntar cómo las cocinas comunitarias cumplieron su ciclo de vida, y cómo después de generar una dinámica comunitaria que articulara el apoyo externo, la comunidad lentamente retomó sus actividades. A la distancia se plantea la función de la cocina comunitaria desde otra perspectiva más cercana a la comunidad que conjugó esfuerzos y que se enfocó en solucionar situaciones como alimentación digna para las y los afectados y las personas solidarias con el pueblo. A un año, es la comunidad la que da constancia de los pasos que se han dado en torno a la reconstrucción. Son ellas y ellos los que han alzado la voz y han luchado, y son quienes siguen articulándose en colectivo.

Si observamos con detenimiento la gravedad de estos problemas y sus consecuencias, podemos concluir que la solución no vendrá de fuera. Que a final de

cuentas, son las comunidades las que por años se han adaptado a las condiciones geográficas y climatologías en las que desarrollan sus formas y modos de vida y, que lejos de imponer visiones externas, tendría que iniciarse un diálogo donde el bien común sea el eje y el resultado.

Monapaküy, quizá es parte de la respuesta que se plantea a todas las preguntas que surgen cuando uno se plantea la reconstrucción desde los aspectos literales y simbólicos de la comunidad. A un año del sismo, constatamos, el esfuerzo en conjunto germina en anhelos para los habitantes de la comunidad Ikoots de San Mateo del Mar, que de a poco, van dejando huellas que allanan el camino que han de seguir.

**Para müm Reyna, Bety, Laura, Gisela, Maritza, Roselia  
y todas las mujeres Ikoots que tanto nos han enseñado  
con su andar sobre esta tierra.**

Astrid Paola Chavelas López  
Red de Defensoras y Defensores Comunitarios de los pueblos de Oaxaca  
Septiembre, 7, a un año del terremoto.